

de faltan sembrados de trigo, y que no se deja ver sino durante las emigraciones. Cuando vieja, refúgiase con frecuencia en los matorrales. En el estío no abandona los campos.

La codorniz, sobre no ser ave bonita ni bien dotada, sin embargo aprécianla todos y en todas edades. Débelo, en parte, á su grito sonoro, bien conocido, que se expresa por *bukrverzvuck*, que á todos les gusta oír, y contribuye poderosamente á prestar animación á la campiña. Por sus costumbres y movimientos difiere mucho de las perdices. Anda con rapidez, pero sin garbo, con la cabeza encogida, pendiente la cola y moviendo aquélla: rara vez se mueve con más gracia. Vuela ligeramente, aunque con ruido y á intervalos, pero con mucha más rapidez que la perdiz gris. Ondula el vuelo bastante airoso, mas no le gusta franquear de una sola vez un grande espacio: sólo durante sus viajes se remonta á grande altura, si bien baja á tierra lo más pronto posible para continuar su camino corriendo.

Las codornices recorren más de cincuenta leguas en una noche. Se han encontrado en el buche de estas aves, en el momento de llegar á las costas de Francia, granos de plantas de Africa, que habían comido la víspera.

La codorniz común tiene la vista y el oído bien desarrollados, pero su inteligencia es mediana. Aunque no recelosa, muéstrase siempre tímida. Cuando se la persigue de cerca, parece poseída de locura, y se cree salvada si consigue ocultar la cabeza. No le inspiran afecto sus semejantes: sólo por necesidad se reúne con ellas. Hasta el macho parece profesar cierta antipatía á los otros, pues los persigue con ciega rabia, lucha encarnadamente, y con frecuencia maltrata también á la hembra que excitó sus deseos. Esta última es buena madre: adopta muchas veces á las avejillas huérfanas, por más que la abandonen cuando ya no necesitan su protección. En cuanto á los demás animales, la codorniz no se ocupa sino de huir de ellos y no vivir en buena inteligencia con ninguno.

La codorniz común produce diversos gritos; pero, exceptuando el del apareamiento, ninguno de ellos es bastante sonoro para poderse oír á larga distancia. El de llamada de ambos sexos se puede expresar por *bubivi*; el de amor, algo más fuerte, por *prickck* ó *brubrub*; el de enojo por *gour gour*; el de temor por el de *trulilil trulil*; el de espanto por *trul reek, reek reek*: cuando la domina el terror, pía. En el período del celo comienza el macho por gritar sordamente *waerre waerre*, y luego sigue el bien conocido grito *bockrverwuck*, que repite varias veces seguidas.

Mientras el Sol ilumine el horizonte, la codorniz per-

manece silenciosa y oculta en los campos, en medio de los rastrojos y de las yerbas; hacia el mediodía toma un baño de arena, se calienta al sol ó se duerme; y hacia la tarde despliega su actividad. Entonces se oye su grito, y se la ve correr ó volar en busca de alimento, reunirse con alguna compañera ó empeñar lucha con un rival. Se alimenta de granos de toda especie, de hojas, tallos ó insectos, y parece preferir estos últimos; pero no se conserva bien si no come, durante varios meses, granos de trigo. Necesita tragar piedrecillas para facilitar la digestión, así como también agua fresca para apagar su sed, aunque le basta el rocío acumulado en las hojas.

Es muy probable que la codorniz común sea polígama. El macho es el más celoso de todas las gallináceas: procura expulsar de su dominio á cuantos rivales se aventuren en él, y lucha con ellos á muerte. Según acabamos de decir, es más déspota y violento con su hembra que ninguna otra ave: la maltrata si no se somete en el acto á sus deseos, y hasta se apareja con otras. Naumann presencié el caso de una codorniz macho que intentaba aparearse con un joven cuclillo; dice que ha visto á otros en celo precipitarse sobre unas aves muertas; y no considera como imposible aquella antigua leyenda en la que se asegura que las codornices se aparean con los sapos. Hasta principios del verano no comienza la hembra á formar su nido. Al efecto practica una ligera depresión en un campo de trigo ó de habas, la tapiza con algunas hojas secas, y pone allí de ocho á catorce huevos grandes, piriformes, lisos, de color pardo amarillento, y cubiertos de manchas pardinegras ó de un pardo oscuro, muy diversamente dispuestas. Cubre por espacio de diez y nueve ó veinte días. Es difícil obligarla á que abandone su puesta, y perece á menudo, víctima de su abnegación. Mientras cubre, el macho recorre la campiña en busca de otra hembra y sin cuidarse de su prole.

Apenas nacen los pollos, corren con su madre, que los conduce y cobija bajo sus alas cuando hace mal tiempo, manifestándoles mucho amor. Crecen con rapidez, y bien pronto dejan de obedecer á su madre. Entonces pelean entre sí hasta hacerse sangre. A las dos semanas revolotean: á las cinco ó seis son bastante grandes, y pueden volar hasta para emprender su emigración. Con harta frecuencia se encuentran todavía, á fines del verano, madres que conducen á sus hijuelos, que no tendrían ya tiempo seguramente para crecer lo bastante antes del otoño, debiéndose á ello que estas polladas tardías perezcan por lo regular. Aun aquellas que nacen antes, sufren mucho por la persecución de

los carnívoros y las rapaces, y se puede admitir que la mitad de los individuos desaparecen antes de la época de las emigraciones. Los que sobreviven se hallan

expuestos también á muchos peligros, siendo el hombre su más temible enemigo.

En todas las costas nordestes y noroestes del Medi-



Caza con reclamo

terráneo se caza la codorniz común, con redes, lazos y trampas de toda especie. La isla Capri, que se halla á la entrada del golfo de Nápoles, es célebre por el inmen-

so número de codornices que allí se cogen. En otro tiempo, el Obispo de la isla percibía un diezmo por las que se capturaban, obteniendo así, según dicen, un be-

neficio de 40 á 50,000 francos. Waterton asegura que en Roma se ponen algunas veces á la venta, en un solo día, hasta 17,000 codornices. En la costa española no es menos fructífera esta caza, que se verifica principalmente en la primavera. Sonnini nos manifiesta que en la costa de Morea, y particularmente en Maina, se salan las codornices para venderlas después en las islas del archipiélago. Los habitantes de la de Santorino hacen también, al parecer, sus provisiones de invierno, conservando estas aves en vinagre. Von der Muhle confirma el hecho en los siguientes términos: «En el Maina, y sobre todo en las islas, jóvenes y viejos se ocupan en cazar y preparar las codornices en el momento de su paso. Las cogen con lazos, redes y varetas de liga, y los chicos las matan á palos. Se las despluma primero; les cortan después la cabeza y las patas, les abren el pecho, sacando en seguida los intestinos; las empaquetan como arenques y las exportan. En ciertos puntos es tan importante esta caza, que en 1834, cuando la insurrección de Maina, al proponerse prohibir la venta de pólvora, el ministro Cobetti se opuso de una manera enérgica en el Consejo de Ministros, alegando que se despojaría así á los habitantes de su más importante recurso alimenticio.»

III

«¿Es un ave de caza el tordo?»

Á esta pregunta, esperamos ver á los cazadores clásicos, los puristas y *sportsmen* sonreír y alzar los hombros. Para éstos todo lo que no sea perdiz, chocha, faisán ó codorniz, no es pieza digna de un tiro aristocrático.

Confesamos francamente que no comprendemos la necesidad de crear jerarquías en la cosa menos á propósito para ello, pues nos parece que la caza se caracteriza mucho menos por el valor y tamaño del objetivo que por el placer que se siente en ella.

Estas pobres aves tienen, por otra parte, el derecho de ser insensibles al honor con que se les trata; pero esto no las releva del rango inferior que les asignan algunos cazadores demasiado desdenosos, y esta estimación de los verdaderos cazadores les da derechos al título de aves de caza que algunos pretenden rehusarles.

Los detractores del tordo no han reflexionado que se exponían á ser acusados del crimen monstruoso de lesa gastronomía, pues el tordo es un bocado de primer

orden, y, bajo este título solo, merecía cien veces la citada calificación.

Los romanos, nuestros maestros en la gran ciencia de la buena mesa, y junto á los cuales somos tan poca cosa, tenían al tordo en mucha estima. Los conservaban en inmensas pajareras, en las que los engordaban con alimentos escogidos; y eran tan numerosas esas pajareras, que, según Plinio, no sólo el excremento de estas aves servía de abono para las tierras, sino que se utilizaba para engordar á bueyes y cerdos.

Sin embargo, no vayan á creer nuestros lectores, por lo antedicho, en el valor comestible del tordo en general, porque hay tordos y tordos, como tantas otras cosas.

En el norte, en los Vosgos, en Alemania, se cogen con lazo infinidad de estas aves, y son objeto de un comercio considerable; pero la carne de estos tordos, que no han llegado á la región de la viña, y se han alimentado de baya de enebro, serbal y muérdago, se caracteriza por una amargura que, aunque muy apreciada en estos sitios, no es del gusto de todos los paladares. El verdadero tordo, el digno bocado de un rey, es el que se mata en los viñedos, en donde, rápidamente relleno de racimos, nos presenta una agradable mezcla de néctar y ambrosía.

Creemos un deber advertir que todavía no se puede apreciar todo el encanto de comer tordos si no están preparados por la hábil y experta mano de un cocinero de esos sabios, que pretenden que el café sin achicoria es ardiente, que toda carne, por consecuencia, es mala, y os envenenan por pura filantropía.

Igualmente no debe tampoco olvidarse que una cocción prolongada volatiliza el aroma delicado del tordo, disuelve su grasa perfumada y la reduce á cartón piedra.

No creemos que pueda haber para un principiante caza más instructiva que la del tordo. Al arrancar vuela casi rasando el suelo entre dos cepas; después se para á treinta ó cuarenta pasos del cazador; algunas veces vuela en línea recta, otras se levanta y baja alternativamente; su vuelo, en una palabra, aunque mucho más rápido, es más irregular, más brusco, que el de las becacas: puede decirse que es el conejo de pluma. Así es que el tiro no puede ser objeto de ninguna regla, y esto es precisamente lo que forma su excelencia, pues se acostumbra á echarse la escopeta con rapidez á la cara, y este ejercicio es una segura lección, cuyos beneficios no tardan en reconocerse.

En los viñedos se tira á todas las variedades de tordos, y también á no pocos mirlos, que un proverbio



La vuelta del cazador